

patriotismo;—yo también tengo el honor de ser argentino y cuando en nombre de los sentimientos, que tan alta prerrogativa hace nacer en el alma, se intente incendiar el corazón de la infancia, como argentino les mostraré á mis contendores que, si siembran odios en los corazones van á recoger tempestades; que si es patriótico prepararse á la defensa del suelo que nos vió nacer, también es patriótico defender el organismo material y moral de los niños argentinos de las deformaciones del cuerpo y del carácter; que si es de argentinos arrojar en los campos de batalla el cuerpo ensangrentado de nuestros hijos, antes que ceder al enemigo, también es de argentinos sembrar en el corazón de nuestros hijos el más grandioso y noble de los sentimientos del hombre: el amor universal.

Dos palabras más y concluyo:

La instrucción militar está reñida con el desarrollo individual de los niños, con la filosofía pedagógica, con la evolución histórica, con la moral social, con la lealtad y fraternidad internacionales, con los ideales americanos, con la economía social y local, con los fallos de la ciencia médica é higiénica, y hasta con el precepto legal que prescribe solamente *ejercicios militares más sencillos*.

En consecuencia, pido á la Honorable asamblea de maestros me acompañe á votar las siguientes proposiciones:

1ª La instrucción militar con armas y equipos, grados y carácter bélico, es incompatible con la enseñanza primaria.

2ª Debe nombrarse una comisión científica que, ajustándose á este principio, revise los programas de ejercicio físico y proponga un plan de ejercicios sencillos que sean útiles á la preparación del futuro ciudadano.

He dicho.

LA ESCRITURA DERECHA

OPINION DEL DR. FRANCISCO A. BERRA

Nos hemos ocupado otras veces de la propaganda que se hace en varios países en el sentido de la escritura derecha y de los inconvenientes que se atribuyen á la escritura inclinada ó á la letra inglesa.

Van á continuación las opiniones del

Dr. Berra, manifestadas en una conferencia dada en Montevideo por el Sr. Eduardo Rogé y en cuya discusión tomó parte aquel distinguido pedagogo.

Habla el Dr. Berra.

He oído con la mayor satisfacción, tanto la disertación del Sr. Rogé,—que me parece un trabajo digno de elogio, aún cuando salido de los límites señalados á la conferencia,—así como las ampliaciones, y, hasta cierto punto, modificaciones propuestas por el Sr. Vázquez Cores, de quien me consta, que hace algún tiempo que estaba estudiando el mismo problema.

El Sr. Rogé le ha replicado.

Como esta discusión ha versado sobre puntos que, en mi concepto, se salen del tema, prescindiré de ellos y sólo voy á manifestar mi opinión acerca de la clase de letra que debe enseñarse en las escuelas; opinión no muy autorizada, pero que puede servir, como una de tantas, para tomarla en cuenta en el momento en que hayan de resolver el asunto las autoridades escolares.

Entre nosotros, como en otras muchas partes, hablar de *letra derecha*, esto es, perpendicular al renglón en que se escribe, es hablar de una novedad tan grande, tan diferente de los hábitos de toda nuestra vida,—hábito de ver que todo el mundo escribe letra inclinada, y hábito de escribir esa misma letra inclinada—que las primeras impresiones que reciben los oyentes son de sorpresa, y quien dice de sorpresa, dice también de repulsión.

No extraño este fenómeno: es propio de la naturaleza humana. Pero domínesse la impresión, reflexiónese serenamente, experimentese con imparcialidad, y no tardará la inteligencia en adherirse á la innovación, si ésta se conforma con la ciencia.

Esto es lo que le ha sucedido al señor Vázquez Cores; y si todavía queda algún punto que le parece dudoso, es porque sus experiencias son demasiado recientes.

Como toda escritura tiene, además de su parte teórica, su parte práctica, y como la parte práctica es objeto de hábito y éste no se consigue fácilmente sinó después de ejercicios, continuados por mucho tiempo, resulta que si uno ensaya una novedad de esta clase durante diez, quince ó veinte días, por fuerza tiene que encontrar en ese ensayo infinitamente más di-

ficultades que en ejecutar la misma letra que antes estaba ejercitando, por la razón de que la letra antigua tiene en su favor un hábito sumamente arraigado, mientras que la nueva no lo tiene. Un hábito antiguo no se destruye con reglas, ni el hábito nuevo se adquiere en un mes ni en dos.

Ustedes, que son maestros, que saben cuanto cuesta á los niños acostumbrarse á tomar la pluma y á hacer la letra de tal ó cual manera, pueden comprender muy bien la diferencia que hay entre un hábito de treinta ó cuarenta años, como es el hábito caligráfico del Señor Vázquez Cores, y un principio de hábito que apenas cuenta en su favor dos ó tres meses de práctica, de experimentación, de ejercicio. Natural es que el Señor Vázquez Cores, no haya conseguido escribir en tan poco tiempo la letra derecha con tanta rapidéz como escribe la inglesa, letra de toda su vida, y se explica que en cuanto á la rapidéz, su convicción no esté formada; pero cuando haya escrito letra derecha durante un par de años (no digo durante los treinta y cinco ó cuarenta años que lleva de escribir letra inglesa), le preguntaré si la inglesa es mucho más rápida que la derecha y ya veremos lo que me contesta.

Lo que acabo de decir no es más que un preliminar. Voy á entrar de lleno en la cuestión sobre la cual versa la conferencia de hoy.

En todo problema, cualquiera que sea su naturaleza, entran siempre datos favorables á una tesis, y datos adversos; hay siempre algo que le favorece y algo que le contraría. Por eso todo se discute, por eso los adversarios tienen alguna razón en su favor. Pero como no puede haber una razón muy buena contraria á otra muy buena, ambas de igual fuerza, resulta que una es la más atendible, por lo que es necesario que prevalezca y que se deseché la razón menos fuerte, la menos importante.

La letra inglesa puede tener algunas consideraciones en su favor: la letra derecha las tiene también. Necesitamos, por tanto, ver cuáles son las consideraciones de más trascendencia para la salud y para la utilidad de las personas, que pueden invocarse en favor de esos caracteres,

y preferir la letra que tenga en su favor razones de más peso.

Tratándose de escritura, puede tomarse en cuenta su elegancia; puede tomarse en cuenta la facilidad de la ejecución, la rapidéz; puede también tomarse en cuenta la facilidad del aprendizaje; y además lo benéfico ó lo perjudicial que sea para la salud.

De estas cuatro maneras de encarar la cuestión ¿cuál es la más importante? ¿ó cuáles son las más importantes?

—
La primera tiene su valor. Entre escribir una letra mala, tosca ó fea, y escribir una letra bien hecha y hermosa, por supuesto que todos optarán por la bien hecha. Esto es óbvio.

He oído decir que la letra inglesa es más bella que la derecha. Como sobre gustos no hay nada escrito, puede ser que así sea; lo que es á mí no me parece. Creo que esa preferencia es efecto del hábito. Yo he comparado bastantes veces, numerosas escrituras de letra inglesa y de letra derecha, todas igualmente bien hechas, y me han agradado más las últimas.

El Señor Vázquez Cores ha traído algunos modelos de ambas. He comparado su letra inglesa y su letra derecha, y á mí me agradan más sus modelos de letra derecha que sus modelos de letra inglesa.

Tengo motivos para pensar que no soy el único en sentir así. Deseoso de conocer la opinión de las alumnas de la escuela que dirige la Srta. Zavalla, y procurando influir en su ánimo de modo favorable á la letra inglesa, les pregunté qué letra usaban fuera de la escuela, cuando escribían con entera libertad, la letra que más les agradaba. Todas, menos cinco, me respondieron que en sus casas escriben la letra derecha, porque les gusta más. Dos ó tres prefieren en su casa la inglesa, porque todavía no están habituadas á la otra. No recuerdo qué razón dió otra para explicar su preferencia de la letra inclinada. Sólo una me dijo que la prefiere por ser más bonita.

Pero supongamos que la inglesa sea más bella que la derecha; concedo que en este punto no prevalezca mi criterio estético, y pasemos á considerar otro punto de vista.

—
Sea la rapidéz en la ejecución. Esto es

importante. No digo *para la mayoría* de las personas, que no tienen por qué escribir con mucha rapidez; pero sí para aquellos que necesitan escribir mucho durante el día, como son los dependientes de las oficinas públicas, de las casas de comercio, de los estudios de abogado, etc. La rapidéz tiene, pues, importancia, sinó para la mayoría de la población, por lo menos para una buena parte de ella. ¿Se puede escribir tan rápidamente la letra derecha como la inglesa?

El señor Rogé nos ha manifestado que ha escrito todo un cuaderno voluminoso con letra derecha, á la cual no está acostumbrado. Ha escrito ese cuaderno voluminoso en el tiempo de tres horas, *con igual rapidéz que si hubiera escrito letra inclinada*. Tenemos aquí un dato en contra de la afirmación de que la letra inclinada es más rápida que la derecha. No quiero decir que sea decisivo, pero es un dato que debe tenerse presente, tanto más, cuanto que el señor Rogé declara,—y así me parece que es la verdad,—que él estaba habituado á escribir letra inglesa. Fácil es suponer que si se hubiera ejercitado algún tiempo en escribir letra derecha, hubiese sido esa facilidad mayor.

Sabiendo que en una de las escuelas oficiales (la que dirige la Srta. Zaballa) se ensaya esta escritura desde principio del año anterior, y siendo éste uno de los problemas que me ocupan hace años, he ido á esa escuela varias veces; he observado detenidamente el trabajo que sus alumnas hacen, en várias sesiones, algunas de las cuales han sido largas.

Según los informes que se me han dado en la escuela, y los hechos que yo mismo he presenciado, los niños que la frecuentan no escriben la letra derecha con menos rapidéz que la letra inglesa. Es verdad, que ni cuando escribían la letra inglesa, ni ahora que escriben la derecha, se les ha ejercitado en escribir con rapidéz; pero aún cuando no se hayan ejercitado especialmente las alumnas con este fin, la manera normal de escribir presentaría alguna diferencia, si una de las letras fuese más rápida que la otra, y tengo entendido que ninguna se ha notado.

Ayer todavía,—día en que hice mi última visita,—asistí á las clases séptima y octava,—que no han empezado por escribir letra derecha, sinó inglesa,—y la pri-

mera de las cuales recién desde el fin del año pasado escribe letra derecha, por manera que tienen poco tiempo de ejercicio. Solicité que se distribuyeran los cuadernos: se les dieron plumas; la señorita Directora de las clases les dictó unos párrafos, y les dije que, así como generalmente se les exige que escriban muy bien, aunque muy despacio, ahora yo les suplicaba que escribiesen ligero, aunque mal; y, para alentarlas, les dije que, si alguna persona notaba descuidada la plana, echaran la culpa sobre mí. Las niñas eran cuarenta y ocho. Estimulé la velocidad diciéndoles: «¡Con la mayor rapidéz!... ¡Más pronto, más ligero!... Todo lo rápido que se pueda!» Cuando hubieron escrito seis renglones, hice parar y examiné los cuadernos. La rapidéz con que se escribió me pareció suma. Quise ver si esa letra escrita con tanta rapidez había desmerecido mucho. Tomé los cuadernos, examiné uno por uno los cuarenta y ocho. El resultado de mi exámen, hecho en presencia de la maestra de la clase, dió este resultado:—la letra de la mayoría era un poco más imperfecta que la misma letra derecha que hacían antes, pero de buena forma, y la diferencia no muy grande. En varios cuadernos apenas se distinguía diferencia entre la escritura anterior y la que acababan de hacer con rapidéz, y en varios cuadernos noté que no había diferencia. Yo había hecho marcar con una cruz el principio de la escritura rápida; fué necesario buscar la cruz para saber donde empezaba la última escritura.

Estas son las esperiencias que en este punto tengo presentes, y que he creído conveniente comunicar al auditorio para que las compruebe, con algunas ampliaciones, en las escuelas.

A mí no me parece, tomando en cuenta todos los datos que concurren á formar opinión en este asunto, que la letra derecha sea menos rápida que la inclinada, dada la igualdad de hábitos.

Saben ustedes que si á los niños se les enseña á escribir bien, tomándose el tiempo necesario, llegarán á escribir perfectamente bien; pero si á estos mismos niños se les pide, cuando ya escriben correctamente, que escriban con la mayor velocidad posible, harán una letra detestable.

¿Qué se deduce de aquí?... Que es necesario para que los niños aprendan á

escribir con celeridad, enseñarles á escribir rápidamente; pero entonces no es ya la letra inglesa la que debe enseñarse: es otra clase de letra; una letra cursiva.

Fuera de Montevideo, en los Estados Unidos, por ejemplo, donde se ejercita en escribir pronto, se enseña una letra inclinada, *sin gruesos* casi. Así es como se consiguen, mediante modificaciones en el carácter de la escritura y mediante mucha práctica, *un carácter y una práctica especiales*, el fin de escribir con celeridad. La letra inglesa no es la que mejor permite alcanzarlo. La letra derecha de trazos finos ó medianos será mas favorable á la consecución de la rapidéz, ó, por lo menos, tanto como la inglesa.

Dejo este punto y paso al tercero, que es la facilidad relativa que hay en enseñar una letra y otra.

Ya por mis estudios teóricos sabia que en todas partes donde la letra derecha se haya ensayado como letra normal, se enseña con mucha mas facilidad que la inglesa. Los niños, desde los primeros momentos, empiezan á trazar letra más regular, más igual, más paralela, más hermosa que si empezaran á escribir letra inglesa, y el progreso del curso en las escuelas primarias es notable. Esa ventaja se observa constantemente: los resultados son uniformes.

El ensayo hecho en la escuela de la señorita Zavalla ha comprobado las experiencias de otros países: he visto cuadernos de la clase primera, de la segunda, de la tercera y de todas, hasta la octava inclusive. He admirado cómo escriben los niños de la primera clase, con lápiz y en papel, una letra que da gusto ver, desconocida en las escuelas de Montevideo mientras se ha escrito con letra inglesa. La regularidad de su forma, la igualdad de sus dimensiones, el paralelismo, la claridad suma, todo es, recomendable.

He pasado á la segunda clase, en donde ya se escribe con tinta. He observado las mismas ventajas. Y así sucesivamente de las demás clases.

En el aprendizaje (me han dicho las ayudantes y me lo ha confirmado la señorita Directora), se consiguen resultados mucho más buenos y más rápidos, pero incomparablemente más rápidos, que los que se conseguían cuando se enseñaba letra inglesa.

Tenemos, pues, una ventaja de la letra derecha, conocida é indiscutible: esto no necesita más ensayos entre nosotros; es una verdad probada por la experiencia de varios países europeos y confirmada por la nuestra, aunque breve.

Y como los demás niños nuestros no tienen un organismo diferente del de los niños de los demás países y de la escuela á que me he referido, como la igualdad de organismos es universal,—si en otras partes la letra derecha se aprende con más rapidéz que la inglesa, en nuestros países tiene que suceder lo mismo.

Vamos ahora á la parte higiénica, que es el cuarto punto de vista.

He dicho que la belleza de la letra tiene cierta importancia, y que la rapidez de la escritura no la tiene menor. A menudo vale mas hacer una letra regular rápidamente, que una letra buena con lentitud. Opino que, en la práctica común de las personas, la celeridad vale tanto ó mas que la hermosura. La prontitud del aprendizaje es otra condición digna de tomarse en cuenta. Pero, por poco que nos detengamos á pensar, advertiremos que las ventajas higiénicas tienen una importancia tal, que supera á la suma de todas las otras.

Sobre ésto, hay experiencias, puede decirse, universales, hechas, no por el vulgo de las gentes, sino por los hombres de ciencia, y al decir hombres de ciencia, me refiere á los pedagogistas y sobre todo á los médicos: son experiencias científicas.

Resumiendo lo que en estos momentos recuerdo á éste respecto, debo decir: que no es de ahora, sino de hace quince años, por lo menos, que están acordes los higienistas en que la letra inclinada, ya sea inglesa ó cualquiera otra, es nociva á la salud. Sírvanse ustedes leer tratados de higiene escolar, y encontrarán ustedes que ésta opinión es muy uniforme.

¿Pero en qué se funda esta opinión? ¿Es una opinión ligeramente adoptada, ó se basa en experiencias serias? Veamos.

La letra inglesa se ha *experimentado* (y doy á esta palabra la acepción científica) de tres maneras, que yo sepa.

Se ha hecho escribir á escuelas enteras, durante un año, dos años, en presencia de los que hacían los experimentos,

dejando á los niños en libertad para que tomen la posición que mejor les acomode. No se les ha forzado, no se les ha hecho ninguna indicación. Han querido observar los Señores médicos y pedagoga que efectos produce espontáneamente la escritura inglesa, y todos, uniformemente, han encontrado éstos resultados: Los niños inclinan el cuaderno hácia la izquierda; ésta posición del cuaderno les obliga á sentarse de lado para mirar perpendicularmente los renglones. El niño, como tiene el cuaderno así (el orador simula la posición oblicua del papel), necesita colocarse de ésta manera (el orador toma la posición del alumno), formando ángulo la diestra de su pecho con el borde de la mesa, á fin de que la línea de los ojos esté paralela á los renglones del cuaderno en que escribe. Esta es una posición que toma el niño naturalmente, y tomando esta posición ha tenido que inclinar la cabeza hacia el mismo lado del cuaderno; y entonces ha resultado ésta curvatura del cuerpo (lo verifica el orador) y esta posición de la cabeza (lo ejecuta el orador), y, como consecuencia forzosa, desviación de la columna vertebral y elevación desigual de los hombros, ocasionados por la continuidad de aquella posición oblicua.

Además, es necesario inclinar hacia adelante el cuerpo; ésta inclinación es naturalmente exigida por la posición del cuaderno. Entonces ésta parte del cuerpo (el orador señala la región gástrica) forma un pliegue entrante juntamente con los vestidos.

¿Qué resulta de ahí? . . . Que el pliegue oprime el estómago é importantes vasos sanguíneos; que se oprime también ésta parte del cuerpo (el orador señala la región inferior del torax), que es con la que respiran las niñas y todos los varones.

Tienen, pues, así, restringidas las funciones digestivas, restringida la respiración, la circulación de la sangre; restringidas, *anormalizadas*, todas las funciones capitales del organismo. Por consiguiente mala digestión, alimentación insuficiente; y, con el tiempo, debilidad, anemia, predisposición á sufrir todo género de enfermedades infecciosas y peligro de sucumbir por falta de resistencia.

Se ha ordenado que los maestros corrijan este defecto de posición, manteniendo el cuaderno inclinado hácia la izquierda, pero

procurando que los niños se sienten y miren de frente, y han sido completamente inútiles los esfuerzos.

Se ha ensayado entonces la escritura inglesa dando vuelta el cuaderno hacia la derecha, haciendo colocar el cuerpo de frente á la mesa. Los niños han tomado entonces una posición oblicua, acercando al borde del pupitre su costado izquierdo, debido á que, teniendo que inclinar la letra en la misma dirección del cuaderno, no hallan otro medio de colocar el brazo y tomar la pluma de modo que sea posible la ejecución de los brazos.

La oblicuidad del cuerpo va acompañada, también en esta experiencia, de curvatura lateral, de inclinación hacia adelante, y de pliegue entrante de la región del estómago. Y, por lo mismo, es causa de desviación de la columna vertebral y de graves perturbaciones de las funciones que más interesan á la conservación de la vida.

Se ha notado que la desviación del espinazo se produce en sentido contrario al causado por la posición anterior, y que en las mujeres es más pronunciada, porque favorecen el equilibrio del cuerpo poniendo los vestidos, como especie de calzo, debajo del muslo que no descansa bien en el asiento.

(Risas).

Por manera que se reputa esta posición mas antihigiénica y más perjudicial que la anterior.

Ultimamente se ha ensayado la escritura inglesa, teniendo el cuaderno derecho, y obligando á tener también derecho el cuerpo; mas, como tales posiciones del cuaderno y del cuerpo no permiten dar la inclinación que la letra inglesa requiere, los niños han tenido que evitar la violencia del brazo y de la mano, sentándose de lado, como en el caso anterior.

Todos estos experimentos se han hecho escrupulosamente en varios estados europeos, en diversos tiempos. Ya pueden ustedes suponer cuáles habrán sido las conclusiones á que los experimentadores han tenido que adherir.

He visto obras aparecidas en el año 1882, —hace ya doce años,—publicadas por la Sociedad de Medicina pública y de higiene profesional de París, en las cuales se registran una porción de experimentos que comprueban que *la letra inclinada en cualquier sentido debe desecharse en absoluto.*

Hace doce años que los sabios de aquella sociedad vienen sosteniendo y demostrando esta tesis. ¡Y no han sido ellos los primeros!

Se han hecho experimentos después con la letra derecha, dejando á los niños que tomen la posición que les parezca más cómoda.

Han tomado espontáneamente la posición normal: se han sentado de frente á la mesa, con el cuerpo vertical, la cabeza algo inclinada hácia adelante, descansando los dos antebrazos igualmente sobre la mesa, los dos hombros á igual altura: posición correctísima, que permite á la vez escribir con mucha soltura y ejercer naturalmente las funciones fisiológicas.

Se ha llegado así á saber que la letra derecha es el tipo de la letra higiénica; y ésto es el resultado de experiencias científicas hechas por los únicos que tienen competencia para hacerlas: los pedagogistas; y, sobre todo, los médicos.

Voy á referir ahora lo que he visto en las clases que dirige la Sta. Zavalla, relacionado con la salud y con la comodidad.

He observado atentamente, suplicando á las maestras que no hicieran ninguna objeción á las niñas, que las dejaran sentarse como á ellas les pareciese más cómodo. He estado un gran rato (como dos horas), en todas las clases, desde la primera hasta la octava, siendo de advertir que en las clases séptima y octava las niñas están ejercitándose desde hace poco tiempo en la escritura de letra derecha.

Todas las niñas colocaron sus cuadernos perpendicularmente al bordo de la mesa, se sentaron con la mayor soltura de frente á sus cuadernos, con el cuerpo derecho, parte de ambos antebrazos sobre el pupitre. Nada había que obstase á los órganos el funcionar con la mayor regularidad.

Pregunté en todas las clases si habían notado después de escribir un cuarto de hora, veinte minutos, media hora, alguna incomodidad en alguna parte de la mano, en la muñeca, en los codos, en la nuca, en la espalda, en cualquier otra parte del cuerpo.

Hice esta pregunta con mayor interés en la clase primera,—de niñas pequeñas, tiernas, en quienes cualquier violencia causaría desagrado,—y á pesar de la confianza que procuré inspirarles, nadie me contestó afirmativamente. Volví á preguntar si no sentían nada en el momento en que escribían, si no les molestaba ningún dolorcito por le-

ve que fuese, y todas me respondieron que nada sentían.

Pasé á las otras clases. No recuerdo bien si fué en la quinta, un niño me dijo que se le ponían doloridas las coyunturas de los dedos pulgar é índice. «Tome Vd. la pluma» —le dije por descubria cuál sería la causa. —Noté que encorbaba extraordinariamente aquellos dedos, haciendo una fuerza que debía fatigar los músculos y forzar las ligaduras con el consiguiente dolor. El dolor debió producirse, por lo visto, á causa, no de la clase de letra, sinó del vicio que tenía contraído de tomar la pluma indebidamente.

Otra niña, en otra clase, me dijo que le dolía la muñeca. Hice análogo experimento, y noté que extendía enérgicamente la mano hasta formar casi un ángulo recto con el antebrazo. Observé, por averiguar la causa de tal esfuerzo, y noté que colocaba el cuaderno un poco á la izquierda de la línea média del pecho. Veán ustedes cómo es. (El orador imita la mala posición.) Este esfuerzo, continuado durante algún tiempo, produce cansancio; pero póngase el cuaderno frente al cuerpo, un poquito más á la derecha de la línea média, y desaparece toda causa de violencia y, por lo mismo, toda causa de dolor.

Los experimentos que he mencionado, y otros que en este momento no tengo presentes, confirmados por la señorita María Zaballa y sus ayudantes, concuerdan con experiencias hechas en otras partes, y conducen á la conclusión de que la escritura derecha no obliga á tomar malas posiciones, ni á hacer esfuerzos molestos.

No me cabe, pues, ninguna duda de que la letra derecha es la letra que más conviene á la salud de todo el mundo. Para que todos tengamos igual convicción, no es menester repetir las experiencias entre nosotros: las hechas sobran para que tengamos la más completa certeza.

Comparemos ahora las varias cualidades de las escrituras inglesa y derecha. Puede ser discutible su relativa hermosura; puede serlo también su relativa rapidéz; pero ninguna de las dos es fea, ni demasiado lenta.

La derecha se enseña mucho más pronto y es mucho más saludable.

¿Cuáles de esas conveniencias debe subordinarse á las otras, ya que no concuerdan todas? ¿Cuál es la más importante para todo el mundo?—¿Merece discutirse seriamente este punto? ¿Habrá al-

guno que entre una letra hermosa y rápida pero nociva, y otra letra acaso menos hermosa y rápida pero inofensiva, opte por la malsana?—Me parece que no. El desenvolvimiento del sér humano (y parte de ese desenvolvimiento es la robustéz de la mente y del cuerpo), constituye el fin primordial de la escuela; á esto tienden todos los esfuerzos escolares. Si, pues, tenemos una enseñanza que, léjos de favorecer la salud la perjudica, esa enseñanza debe desecharse, porque conspira contra los fines primordiales de la escuela, porque conspira contra el sér humano, porque en la escuela, y fuera de la escuela, la salud debe ser objeto de uno de los primeros cuidados. La buena salud es condición inseparable de toda buena enseñanza.

Por las consideraciones expuestas, me adhiero sin reservas de ninguna clase á las opiniones que ha expresado el señor Rogé, acerca de la conveniencia de cambiar la letra inglesa por la derecha; opiniones confirmadas también por el señor Vázquez Cores.—He dicho.—(*Prolongados aplausos*).